

LA PEDRADA DEL OLVIDO

CUANDO GRAN PARTE DE LA PRENSA
MIRA HACIA OTRO LADO EN PLENO INCENDIO

Luis Jaime Cisneros Hamann

En medio siglo, el Perú habrá dejado de existir. Al menos, tal como hoy lo conocemos. Será un país fragmentado y reducido. La crisis de liderazgo de la primera mitad del siglo XXI, sumada a la corrupción generalizada y a la debilidad de las instituciones son los factores que sin duda contribuirán a consolidar ese escenario.

Ese país será el reflejo del gradual colapso del Estado que vivimos. Un colapso cuyo punto de quiebre se remonta a mayo de 1980, cuando esa fragilidad quedó expuesta bajo

los reflectores de la prensa ante el estallido del primer petardo de dinamita en los Andes ayacuchanos.

En la última década, el país se sumergió en una crisis atizada por la impunidad y el laxismo. Y en los inicios del siglo XXI la renuncia a la memoria consolidó esta perspectiva de derrumbe.

Renunciar a la memoria implicó no mirar con ojo crítico los efectos de la larga noche de terror que vivió el país. Un período que, en forma descarnada, puso en evidencia el fracaso del Estado en construir una nación.

Visto con ojo de viajero, había al menos tres países unidos sólo por su geografía pero distantes en términos de desarrollo.

Las autoridades peruanas perdieron una ocasión histórica de acabar con esa visión excluyente. No otra cosa se puede pensar luego de la suerte que corrió el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) tras ser presentado oficialmente en agosto de 2003. Almacenado en un archivo, reducido a fuente de consulta de sesudos investigadores, denostado por la clase política afincada en la capital peruana, repudiado por las fuerzas de seguridad y, finalmente, ignorado por las autoridades judiciales.

Durante las dos últimas décadas, el Perú vivió el más cruento conflicto interno de América Latina. En ese lapso (1980-2000) murieron unas 70.000 personas bajo el fuego cruzado de las fuerzas de seguridad y los grupos armados Sendero Luminoso (maoísta) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA, guevarista), según las proyecciones de la CVR.

La guerra interna peruana fue de lejos el más feroz de todos los conflictos que sacudieron a tambor batiente la región. Basta comparar la cobertura de la prensa con lo que ocurrió en Chile (1973), Argentina (1976-83), Brasil (1964), Colombia (1948 en adelante), Nicaragua (1979-1990) e incluso El Salvador (1980-1990) para percatarse de la certeza de esta afirmación.

Para un sector de la prensa, la referencia de lo que acontecía en el Perú para definir a Sendero Luminoso fue la Camboya de los tiempos de Pol Pot (1975-79), cuando el Jemer Rojo tomó el poder y dejó dos millones de muertos en uno de los mayores genocidios de fines del siglo XX.

Esos años de plomo pusieron sobre el mapa al mayor olvido de la escena oficial y pública: el campesinado. Salvo la prensa que enfatizó el protagonismo en uno u otro sentido que jugaban, ya sea como víctimas o como instigadores de la violencia, para el Perú formal ellos eran las bajas colaterales de una guerra que les era ajena.

SÓLO CUANDO LA VIOLENCIA SE TRASLADÓ DEL CAMPO A LA CIUDAD, UNA MAYORÍA DE PERUANOS AFINCADOS EN LA COSTA DESCUBRIÓ QUE EL PAÍS QUE SE ESTABA INCENDIANDO TAMBIÉN ERA EL SUYO.

Sólo cuando la violencia se trasladó del campo a la ciudad, una mayoría de peruanos afincados en la costa descubrió que el país que se estaba incendiando también era el suyo.

Pero otra de las causas que alentó la pasividad de las autoridades peruanas fue que la guerra interna sólo captó la atención de la prensa internacional en su fase final. Esta situación no la dejó expuesta a la mirada inquisidora de la comunidad internacional, lo que hubiera podido generar una reacción distinta.

En la medida que se trató de un conflicto de baja intensidad, ajeno a la dinámica de la guerra fría, lo que aconteció en el Perú no atrajo la atención de las cadenas de televisión estadounidenses o europeas, las únicas capaces de poner en la agenda internacional y en el mapa un conflicto. Por esa misma época, en la década del 80, la guerra en El Salvador y Nicaragua –en su etapa somocista y sandinista– focalizaron la atención de los medios de prensa de Estados Unidos y de Europa.

Lo que sostengo es que la sociedad peruana con sus autoridades a la cabeza decidió permanecer en las tinieblas a la hora de sacar las lecciones del conflicto. Nada garantiza que no se repita: la fragilidad de la democracia, la inestabilidad socio política de la región andina y la elevada tasa de pobreza son las débiles patas sobre la que se sostiene el país.



En los años 90 el Estado dominó y controló a la prensa, que era el medio para avivar las conciencias y contribuir a la creación de corrientes de opinión pública.

Argentina es el caso opuesto al del Perú. Una sociedad que se movilizó tras la larga noche de sombras que vivió. Una prensa y una sociedad civil enchufada, que jamás olvidó a las víctimas, a los desaparecidos.

A diferencia del Perú, donde siempre se evitó abundar sobre la identidad y número las víctimas de la guerra, en Argentina una gruesa mayoría tenían nombre y apellido.

Seis décadas después, el recuerdo de los horrores de la Alemania nazi sigue vigente. Y los sobrevivientes de los campos de concentración y la sociedad judía ya debate cómo perseverar en el recuerdo cuando haya muerto el último de los que escaparon al horror del nazismo, para que no se vuelva a repetir semejante barbarie.

LA GUERRA INTERNA PERUANA ESTALLÓ EL MISMO AÑO QUE NACIÓ LA CADENA INTERNACIONAL ESTADOUNIDENSE CNN, LA PIONERA DE LA GLOBALIZACIÓN DE LA COMUNICACIÓN.

Tristes ejemplos

Las guerras siempre son noticia, unas menos que otras. Lo que decide el interés de sus historias radica en el peso de sus protagonistas en la escena internacional y los intereses en juego.

Es obvio que la actual guerra de Irak acapara casi todos los reflectores y opaca a otros conflictos, como el que opone a Rusia y a los independentistas de Chechenia.

En 1990, Yugoslavia estalló en pedazos, se sucedieron una serie de guerras e incluso hubo campos de concentración. La comunidad occidental reaccionó a destiempo. Cuando lo hizo –a través de la Unión Europea y EEUU– fue ante la clarinada de alerta que lanzó la prensa internacional para evitar mayores atrocidades.

En 1994, Ruanda fue el epicentro del mayor genocidio étnico. Una guerra que se pudo evitar. Y que tampoco mereció todos los reflejos de la comunidad internacional.

En todas partes se cuecen habas, podría uno concluir. Y si esa es la reflexión del hombre de a pie que fluye, uno podrá intuir que la pasmosa indiferencia oficial con la que el Perú pretende dar la vuelta a la página a su guerra interna asoma ya como una de las razones de su descomposición social.